

Capítulo 7

El mundo elige a su nuevo gobernante

([índice](#))

Daniel 7:1: En el primer año de Belsasar, rey de Babilonia, tuvo Daniel un sueño y visiones de su cabeza mientras estaba en su lecho; luego escribió el sueño y relató lo principal del asunto.

Llegamos ahora al corazón del fascinante libro de Daniel. El método señalado por Dios para enseñar la verdad a su pueblo, es hablando a sus profetas mediante sueños y visiones: “Cuando haya entre vosotros un profeta de Jehová, me apareceré a él en visión, en sueños le hablaré” (Números 12:6). ¡Eso califica al profeta Daniel!

Daniel 7:2-3: Daniel dijo: Miraba yo en mi visión de noche, y vi que los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar. Y cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra, subían del mar.

El capítulo siete describe la historia del mundo, tal como lo hizo la imagen profética del segundo capítulo; pero hay diferencias entre ambas profecías:

(1) Un rey pagano había de poder comprender la profecía del capítulo segundo; por lo tanto, había de ser muy simple.

(2) Tanto el profeta como la iglesia habrían de comprender la profecía del capítulo séptimo; en consecuencia, en él se revela en mucho mayor detalle y con un significado más profundo.

(3) La imagen profética del segundo capítulo muestra los cuatro reinos puramente en su aspecto político.

(4) El capítulo séptimo nos muestra los cuatro reinos en sus aspectos espirituales, y en su relación con la obra de Dios y con su pueblo. Está dirigido a los habitantes del mundo de nuestros días.

En los versículos 17 y 23 el ángel declara que las cuatro bestias son cuatro reyes o reinos. En su sabiduría, Dios representa la gloria de los imperios humanos como estando orientados a lo terrenal; como animales sin interés en los asuntos celestiales. La Biblia nos fue dada precisamente para elevar a la raza humana a partir de su mente centrada en los asuntos terrenales, haciendo que pueda ver las cosas espirituales. Daniel es un buen libro para cualquiera que comienza a leer la Biblia. Es precisamente el libro que Jesús señaló, enfatizando la especial importancia de leerlo y comprenderlo (Mateo 24:15).

Cien años antes, el profeta Oseas empleó los mismos símbolos del león, el leopardo y el oso para describir a reinos que dominarían al pueblo de Dios debido a su rebelión y olvido de la verdad (Oseas 13:5-8). Si Israel hubiera permanecido fiel a su Señor, esos cuatro imperios crueles no se habrían erigido tal como lo hicieron. ¡Cuánto hay en juego, en la fidelidad de su pueblo a Dios! El pueblo de Dios es “[la luz del mundo](#)”, y cuando esa luz se extingue, ¡qué grandes son las tinieblas! (Mateo 6:23). Dios ha prometido detener los cuatro vientos de la contienda para que su pueblo proclame fielmente su mensaje de sellamiento (Apocalipsis 7:1-4). En esa luz, quienes tienen discernimiento espiritual reconocen que fueron innecesarias la primera y segunda guerras mundiales, así como otras terribles contiendas. El pueblo de Dios ha olvidado con frecuencia su deber. Sigue la descripción de cada una de esas cuatro bestias.

Daniel 7:4: [La primera era como un león, y tenía alas de águila. Yo estaba mirando hasta que sus alas le fueron arrancadas; fue](#)

levantada del suelo y se puso enhiesta sobre los pies a manera de hombre, y se le dio corazón de hombre.

El primer reino, el león, corresponde a la cabeza de oro de la imagen del capítulo 2: el Imperio babilónico. Jeremías comparó el ejército de Babilonia con un león destructor (Jeremías 4:7 y 21:7). Las alas de águila denotan la rapidez de sus conquistas. Habacuc dijo que los caldeos “son más ligeros que leopardos ... vuelan como águilas que se apresuran a devorar” (Habacuc 1:8). Comenzando con la enfermedad mental de Nabucodonosor citada en el cuarto capítulo, el Imperio de Babilonia fue perdiendo su espíritu y energía. Cuando cayó el imperio, sus soldados ni siquiera fueron capaces de luchar. “Los valientes de Babilonia dejaron de pelear, se encerraron en sus fortalezas; les faltaron las fuerzas, se volvieron como mujeres” (Jeremías 51:30). Esa debilidad está simbolizada en el león que se pone de pie: el imperio tenía ahora un corazón timorato, de la forma en que un león obligado a levantarse sobre sus patas traseras perdió la fiereza bestial que le es característica.

Daniel 7:5: Vi luego una segunda bestia semejante a un oso, la cual se alzaba de un costado más que del otro. En su boca, entre los dientes, tenía tres costillas; y se le dijo: “Levántate y devora mucha carne”.

El oso representa el mismo reino que el pecho y brazos de plata de la imagen del segundo capítulo: Medo-Persia. El estar inclinada a un lado obedece al hecho de que los Medos fueron el poder más fuerte bajo el mando de Darío; pero posteriormente, bajo Ciro, fue Persia la que predominó. Los medos y los persas conquistaron tres provincias a las que trataron con una particular crueldad: Babilonia, Lidia y Egipto. Probablemente son las simbolizadas por las tres costillas entre dos dientes del oso.

No hay animal tan cruel como un oso sediento de sangre. La crueldad fue el rasgo destacado del Imperio persa. Tal como vimos en el versículo 24 del capítulo 6, las esposas e hijos inocentes de los hombres condenados fueron castigados igualmente con ellos. Es un tipo de crueldad que no es común entre los gobiernos humanos de nuestro día.

Daniel 7:6: Después de esto miré, y otra [bestia] semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas. Esta bestia tenía cuatro cabezas; y le fue dado dominio.

Corresponde al vientre y muslos de bronce en la estatua del segundo capítulo. Es el Imperio griego establecido mediante las conquistas meteóricas de Alejandro Magno. El leopardo es un animal relativamente pequeño comparado con un oso. Leemos en los anales que el ejército de Alejandro, de solamente unos 47.000 hombres, conquistó al ejército masivo de los persas, de casi un millón de soldados. Las cuatro alas son indicativas de la velocidad a la que avanzaban los griegos para sorprender a sus conquistados. Alejandro era famoso por sus dotes de organizador y por la velocidad de sus ataques. Las cuatro cabezas corresponden a la división del imperio en cuatro reinos separados tras la muerte de Alejandro.

Daniel 7:7: Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y vi la cuarta bestia, espantosa, terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos grandes dientes de hierro; devoraba y desmenuzaba, pisoteaba las sobras con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que había visto antes de ella; y tenía diez cuernos.

¡En la creación no existe un animal suficientemente terrible como para representar a esta cuarta bestia! Roma es la simbolizada en la

estatua por las piernas de hierro. Los diez cuernos simbolizan aquí lo mismo que los diez dedos de los pies en la imagen: diez reinos que surgirían a partir de las ruinas del Imperio pagano de Roma. En los días de Roma pagana la tiranía fue terrible. Nunca ha existido un reino mundial más despiadado y poderoso que él. Llenó su copa de iniquidad participando en la crucifixión del Hijo de Dios, y al masacrar a muchos de los primeros cristianos. Dios tiene a Roma pagana por responsable en el juicio.

Daniel 7:8: Mientras yo contemplaba los cuernos, otro cuerno pequeño salió entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros. Este cuerno tenía ojos como de hombre y una boca que hablaba con gran insolencia.

El “cuerno pequeño” es el sujeto principal de este capítulo. Ciertamente Dios no nos ocultará su identidad. Todos los detalles que se han señalado con anterioridad son como la “raíz” que sostiene al “árbol” del resto del capítulo. Ese poder representado por el cuerno pequeño es el sujeto de muchas profecías en la Biblia, lo que evidencia que Dios quiere que comprendamos quién es. Tiene un papel muy prominente en la historia del mundo y en nuestras propias vidas hoy sin importar dónde vivamos. O bien estamos totalmente con Cristo, o bien —de forma inevitable— nuestra lealtad se inclinará ante el poder simbolizado por el “cuerno pequeño”.

Daniel ya no es más un libro sellado, pues nos encontramos en “el tiempo del fin”, en el que Dios lo ha desellado (Daniel 12:4). A medida que avancemos podrás comprobar lo fácil que resulta entender estas profecías.

Daniel 7:9-10: Estuve mirando hasta que fueron puestos unos tronos y se sentó un Anciano de días. Su vestido era blanco como

la nieve; el pelo de su cabeza, como lana limpia; su trono, llama de fuego, y fuego ardiente las ruedas del mismo. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; miles de miles lo servían, y millones de millones estaban delante de él. El Juez se sentó y los libros fueron abiertos.

En Apocalipsis 14:6-7 leemos un anuncio divino hecho al mundo, a propósito de que ha llegado la hora del juicio al que se refiere Daniel. En sus días, ese juicio estaba en el futuro; en los nuestros, está en el presente.

¿Qué ser humano reflexivo no temerá ante el Juez personal e infinito? La expectación es indescriptible cuando los millones de ángeles se agrupan alrededor del Juez y se abren los libros que registran cada secreto de nuestra vida a fin de someterlo a la inspección divina. Es a ese tiempo —en el que se nos llama por nombre para ser juzgados— al que se refiere la advertencia de Jesús: “Mirad también por vosotros mismos, que ... venga de repente sobre vosotros aquel día ... Velad, pues, orando en todo tiempo que seáis tenidos por dignos ... de estar en pie delante del Hijo del hombre” (Lucas 21:34-36). Pero recuerda algo importante: hay dos tipos de juicio: uno es para condenación, el otro para vindicación. A lo que se enfrenta el pueblo de Dios en el juicio es a la vindicación, ya que Cristo ha tomado sobre sí la condenación de ellos, y ha muerto la segunda muerte que a ellos les correspondía.

Los “libros” son los registros de todo el bien o el mal que se ha hecho en la tierra. Contienen nuestras “lágrimas” de agonía, pesar y arrepentimiento (Salmo 56:8; Éxodo 32:32-33), y el registro de nuestras vidas (Salmo 139:16; Malaquías 3:16). En el libro de la vida están escritos los nombres de todos los que dedican sus vidas al servicio de Dios (Filipenses 4:3).

Por lo tanto, ¡no temas ese juicio! Tu Salvador murió para redimirte. No está procurando que quedes fuera de su reino, sino que está dedicado a prepararte para que entres triunfalmente de forma que seas feliz allí. Dios va a honrar y vindicar en su juicio a quienes responden a su Espíritu Santo. Confíale tu caso (1 Juan 2:1-2). Jesús dice: “Al que a mí viene, no lo echo fuera” (Juan 6:37). ¡Aférrate a esa promesa como a la propia vida!

Daniel 7:11-14: Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes insolencias que hablaba el cuerno; y mientras miraba mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para quemarlo en el fuego. También a las otras bestias les habían quitado su dominio, pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo. Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre; vino hasta el Anciano de días y lo hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará; y su reino es uno que nunca será destruido.

Podemos ahora ver que el “cuerno pequeño” no es primariamente un poder político, ya que “las grandes insolencias que hablaba el cuerno” son objeto del juicio espiritual que se realiza en el cielo. Por consiguiente, el “cuerno pequeño” es un poder religioso. Creció hasta alcanzar prominencia mundial como rama surgida a partir del tronco del antiguo Imperio romano. Se trata de una gran iglesia que existe hoy en el mundo, y que se distingue por haber ejercido el poder político, por haber recurrido al poder civil.

Daniel observó algo interesante: cuando a las tres bestias precedentes (imperios mundiales sucesivos) se les quitó el dominio, les fue prolongada la “vida” hasta el tiempo del juicio final. La gloria y riqueza de Babilonia, la crueldad de Medo-Persia y

la sutileza de Grecia siguen presentes e incorporadas al gran y terrible Imperio romano. El poder representado por el “cuerno pequeño” aprendió su sabiduría prodigiosa a partir de las cuatro bestias, cuyo poder e inteligencia perviven en él.

“Uno como un Hijo de hombre” no puede ser otro que Jesús, el Hijo de Dios, a quien gustaba llamarse a sí mismo “el Hijo del hombre”. Se hizo uno con nosotros a modo de Hermano mayor. Se pueden trazar las pisadas de Jesús a través de todo el Antiguo Testamento, ya que se dice de él: “Sus orígenes se remontan al inicio de los tiempos, a los días de la eternidad” (Miqueas 5:2). Sus pasos se pueden seguir hoy en esa parte del santuario celestial llamado “lugar santísimo”. Allí está ministrando como nuestro gran Sumo Sacerdote para presentarse por nosotros ante el Padre a fin de terminar su obra de la expiación. Cuando finalice su juicio descrito en los versículos 9 y 10, Cristo habrá logrado un reino eterno de justicia.

Los “pueblos, naciones y lenguas” que servirán a Cristo en su reino venidero no son reinos mundanales, sino la hueste de los redimidos en la nueva tierra a partir de todo pueblo, nación y lengua (ver Apocalipsis 21:24).

Daniel 7:15-16: A mí, Daniel, se me turbó el espíritu hasta lo más hondo de mi ser, y las visiones de mi cabeza me asombraron. Me acerqué a uno de los que allí estaban y le pregunté la verdad acerca de todo aquello. Me habló y me hizo conocer la interpretación de las cosas.

Si el propio Daniel se preocupó tanto por comprender esta profecía, nosotros que vivimos ahora debiéramos estar doblemente interesados en ella. Jesús dijo: “El que lee [al profeta Daniel], entienda” (Mateo 24:15). El mismo ángel hizo entender a

Daniel el significado de la profecía. Por lo tanto, no hay necesidad de suponer o elucubrar mediante interpretaciones particulares.

Daniel 7:17-22: Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra. Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre. Entonces tuve deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era tan diferente de todas las otras, espantosa en gran manera, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce, que devoraba y desmenuzaba, y pisoteaba las sobras con sus pies; asimismo acerca de los diez cuernos que tenía en su cabeza, y del otro que le había salido, ante el cual habían caído tres. Este mismo cuerno tenía ojos y una boca que hablaba con gran insolencia, y parecía más grande que sus compañeros. Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos y los vencía, hasta que vino el Anciano de días y se hizo justicia a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino.

Daniel comprendió lo relativo a los primeros tres reinos; pero le angustiaba el cuarto, tan diferente, poderoso y cruel. Lo que le preocupaba de forma especial era un extraño movimiento entre los diez cuernos de la cuarta bestia. Emergió como poder mundial un “cuerno pequeño” diferente a los otros, y al hacerlo arrancó a tres de los diez que se interponían en su camino. Daniel vio en ese poder al enemigo real de los santos de Dios, a quienes persiguió con severidad hasta que el Anciano de días se sentó en sesión de juicio y sentenció: ‘Hasta aquí has llegado’.

Pero ninguno de esos sufrimientos del pueblo de Dios lo fue en vano. Se dictará sentencia —“juicio”— favorable a todos los que han sido leales a Cristo. Aunque sufrieron en la tierra, fue un privilegio para esos creyentes leales a Cristo “participar de sus padecimientos” (Filipenses 3:10). Entrarán de una forma muy

especial en “el gozo de [su] Señor” (Mateo 25:21). ¡O bien honramos, o bien avergonzamos a nuestro Señor! Daniel nos da perspectivas que nos permiten ver nuestros sufrimientos en una luz nueva y animadora.

Daniel 7:23-25: Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará. Los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y derribará a tres reyes. Hablará palabras contra el Altísimo, a los santos del Altísimo quebrantará y pensará en cambiar los tiempos y la Ley; y serán entregados en sus manos hasta tiempo, tiempos y medio tiempo.

Hemos visto ya que el cuarto reino (piernas de hierro en la imagen del segundo capítulo) es Roma pagana. Entre los años 351 y 471 de nuestra era, tribus paganas del norte se abalanzaron sobre el Imperio romano. A partir de sus ruinas surgieron diez pequeños reinos. Los historiadores concuerdan generalmente en que fueron Inglaterra, Francia, España, Portugal, Alemania, Suiza e Italia. Estos siete permanecen hasta hoy. Otros tres ya no existen, por haber sido “arrancados”: los Hérulos, los Vándalos y los Ostrogodos.

En América del Sur ciertos analfabetos pidieron a un misionero que les enviara un profesor. Este accedió. “Pero” —preguntaron— “¿cómo vamos a saber que ese profesor lo ha enviado efectivamente usted”? El sabio misionero tomó una piedra, la quebró en dos mitades, dio una mitad al jefe y se guardó la otra mitad. “Cuando llegue el profesor, traerá la mitad de la piedra que he partido y que yo le daré. Podéis estar seguros de que ningún otro profesor en el mundo tiene una media piedra que se corresponda con la que os dejo”.

La profecía de Daniel es una parte de la piedra partida. La historia es la otra parte, y encaja tan perfectamente, que hasta un niño puede ver que la palabra de Dios se ha cumplido con exactitud.

Las palabras del ángel contienen siete elementos de identificación:

(1) El “cuerno pequeño” surgiría a partir de los diez cuernos del Imperio romano, pero sería de una naturaleza diferente a ellos.

(2) Sería un poder religioso que procuraría dominar políticamente al mundo.

(3) En su búsqueda de poder sometería a tres reinos que se oponían a su ambición.

(4) Hablaría “con gran insolencia” “palabras contra el Altísimo” (“arrogancias y blasfemias” según Apocalipsis 13:5).

(5) “Entregaría” —perseguiría— a los santos del Altísimo.

(6) Intentaría cambiar los tiempos y la ley de Dios.

(7) Perseguiría a los santos durante “tiempo, tiempos y medio tiempo”, que equivale a tres años y medio de tiempo profético.

Examinemos esos siete puntos para ver si la historia cumplió la profecía, correspondiéndose como las dos partes de la piedra.

(1) El “cuerno pequeño” surgiría a partir de los diez reinos del Imperio romano, pero sería diferente a ellos en naturaleza. Puesto que Roma era la capital del mundo, el dirigente de la iglesia en Roma fue visto como el obispo principal de todas las iglesias. A medida que fue fraguándose la apostasía que el apóstol Pablo predijo (2 Tesalonicenses 2:3-12; Hechos 20:29-30), aquella iglesia se fue haciendo más mundana y poderosa. Se introdujeron falsas doctrinas procedentes del paganismo, entre ellas la tradición de

que Pedro había dado sólo al obispo de Roma la autoridad para gobernar la iglesia, y que los subsiguientes papas serían sus sucesores (Mateo 16:18-20; 18:17-18 y Salmo 149:5-9). Construyeron su ambición sobre la teoría de que el reino de Cristo había de ser un reino de este mundo. Olvidaron las palabras de Jesús: “**Mi Reino no es de este mundo**” (Juan 18:36).

(2) Los papas decidieron anular por la fuerza toda resistencia a sus pretensiones de autoridad temporal y espiritual, y a su derecho de gobernar todas las naciones. Por lo tanto, el “**cuerno pequeño**” no es simplemente un reino político más entre los diez, sino un poder religioso que emerge a partir de los poderes políticos.

El papado dio cinco pasos encaminados a lograr su pretensión:

(a) El papa de Roma fue primeramente un *hermano* de los otros.

(b) Luego les dio consejos como *hermano mayor*.

(c) Pasando los años, sus palabras fueron recibidas como las de un *padre*.

(d) Mientras que el gobierno romano se debilitaba, el obispo de Roma se convirtió en “papa” (que significa “padre”), y se lo percibió como un *señor*.

(e) Finalmente declaró ser “*Dios* en la tierra”.

Un historiador prominente escribió:

“La poderosa Iglesia católica fue poco más que el Imperio romano bautizado. Roma resultó transformada tanto como convertida. La capital del antiguo imperio vino a ser la capital del imperio cristiano. El oficio de *pontifex maximus* continuó como el de papa ... Hasta el propio lenguaje romano [latín] ha perdurado como el lenguaje oficial de la Iglesia católica *romana* por los siglos ... La

cristiandad no sólo conquistó a Roma, sino que Roma conquistó a la cristiandad”.

(3) El “**cuerno pequeño**”, en su pugna por el poder, sometería a tres reinos que se oponían a su ambición. ¿Qué dice la historia?

Odoacro, rey de los hérulos, se oponía a las pretensiones y doctrinas del papado. Junto a sus soldados hérulos, Odoacro fue derrocado el año 493 de nuestra era. Eso causó furor entre los amigos del papado, pero pronto comprobaron que el nuevo rey de los ostrogodos —Teodorico, quien había conquistado a los hérulos— se oponía también al papado. Entonces el papado se constituyó en el enemigo determinado de Teodorico y los ostrogodos.

Por el mismo tiempo, un tercer reino hostil en África del norte amenazaba las pretensiones del papado: el reino de los vándalos.

¡Había que hacer alguna cosa!

El año 533 de nuestra era, el emperador (de oriente) Justiniano promulgó un decreto que exaltaba al papa de Roma como cabeza de todas las iglesias. A fin de hacer efectivo el nuevo decreto, envió a su general Belisario con su ejército a África para aplastar a los vándalos que se le oponían. Lo consiguió al año siguiente. A continuación, el mismo general luchó contra los ostrogodos, expulsándolos finalmente de Italia el año 538. Así, en ese año habían sido arrancados los tres reinos ante el “**cuerno pequeño**”.

(4) El “**cuerno pequeño**” hablaría con gran insolencia palabras contra el Altísimo. El *Diccionario Eclesiástico* de Ferraris cita algunas de las pretensiones arrogantes y blasfemas del papado:

“El papa posee una gran dignidad tal, y es tan exaltado, que no es meramente un hombre, sino como si fuera Dios, y el vicario de Dios

... El papa posee una triple corona como rey del cielo, de la tierra y de las regiones inferiores ... El poder del Pontífice romano, de forma alguna pertenece solamente a las cosas celestiales, a las terrenales y a las de debajo de la tierra, sino que está por encima de los ángeles, respecto a los cuales es superior ... ya que posee una dignidad y poder tan grandes, que forma un único tribunal con Cristo ... El papa es como si fuera Dios en la tierra”.

Tan tardíamente como en 1894, el papa León XIII dijo: “Ocupamos en esta tierra el lugar del Dios Todopoderoso”. Aquí encontramos un poder cumpliendo la voluntad de Lucifer, hijo de la mañana, quien dijo: “En lo alto, junto a las estrellas de Dios levantaré mi trono ... seré semejante al Altísimo” (Isaías 14:13-14). Fue a causa de ese orgullo y blasfemia por lo que Lucifer, ahora llamado Satanás, fue arrojado del cielo.

(5) El “cuerno pequeño” entregaría (perseguiría) a los santos del Altísimo. Durante la Edad Media, comenzando el año 538 de nuestra era, el papado persiguió hasta la muerte a muchos cristianos que decidieron seguir la Biblia. El siniestro registro de esos crímenes es uno de los capítulos más tenebrosos en la historia de la humanidad. Así lo resume un historiador:

“Ningún protestante que tenga conocimientos de historia negará que la Iglesia de Roma ha derramado más sangre inocente que cualquier otra institución que jamás haya existido en la humanidad”.

(6) El “cuerno pequeño” intentaría cambiar los tiempos y la ley de Dios. Citamos nuevamente a partir de *Roman Catholic Prompta Bibliotheca* (Ferraris):

“El papa tiene tan grande poder y autoridad, que puede modificar [cambiar], explicar o interpretar las leyes divinas”.

En el *Catecismo Católico Romano* empleado para instruir a las personas del común, la ley de Dios está cambiada de forma que el segundo mandamiento que prohíbe la adoración de imágenes se ha eliminado. El cuarto se ha acortado y cambiado a fin de apoyar la observancia del primer día de la semana (domingo), en lugar del séptimo día, que es el sábado o verdadero *Sabat*. El décimo se ha dividido en dos mandamientos. En relación con los cambios en el cuarto mandamiento, en un catecismo oficial autorizado se lee:

“Pregunta: ¿Tiene alguna otra forma de probar que la iglesia tiene poder para instituir fiestas obligatorias?

Respuesta: Si no tuviera tal poder, no habría podido hacer eso en lo que todos los religiosos modernos concuerdan con ella; no habría podido instituir la observancia del domingo del primer día de la semana en lugar de la observancia del sábado o séptimo día, cambio para el que no existe ninguna autoridad en la Escritura”.

Esta es otra declaración interesante hecha más recientemente:

“La Biblia no dice nada sobre un cambio en el día del Señor desde el sábado al domingo. Sabemos de ese cambio solamente por la tradición de la Iglesia [católica], un cambio que se introdujo desde los primeros tiempos mediante la voz viviente de la Iglesia [católica]. Por eso encontramos tan ilógica la actitud de muchos no-católicos que profesan no creer nada que no puedan encontrar en la Biblia, y sin embargo continúan guardando el domingo como día del Señor por mandato de la Iglesia católica”.

Intentar cambiar la ley de Dios es algo que Dios mismo ha declarado que no puede ni va a hacer (Salmo 89:34). No es de extrañar que Daniel se sorprendiera al oír las palabras del “[cuerno pequeño](#)”.

(7) El “cuerno pequeño” perduraría durante “tiempo, tiempos y medio tiempo”. Un “tiempo” es otra forma de expresar un año. “Tiempos” se refiere a dos años, y “medio tiempo” a medio año. Sumando los tres, el poder representado por el cuerno pequeño continuaría en situación de autoridad coercitiva por tres años y medio de tiempo profético. Durante ese tiempo los santos serían entregados en su mano (serían perseguidos). Pero el tiempo profético no es igual que el tiempo común o literal.

Los diversos símbolos encontrados en las profecías de Daniel tienen una explicación simple en la Biblia. En la Escritura un día es el símbolo de un año de tiempo literal (Ezequiel 4:6; Números 14:34; Levítico 25:8; Génesis 29:27).

En Apocalipsis 12:14 se menciona ese mismo período de tiempo. En Apocalipsis 13:5 vuelve a aparecer como 42 meses: contando 12 meses por año ($12 \times 3 \frac{1}{2} = 42$). También aparece el mismo período de tiempo en Apocalipsis 12:6, como 1.260 días: contando 30 días al mes durante 42 meses ($42 \times 30 = 1.260$). El cuerno pequeño —el papado—, reinaría sin restricción en Europa, persiguiendo a los santos durante 1.260 años literales.

El decreto de Justiniano del año 533 d. C. dio al papado poder ilimitado sobre todas las iglesias. Ese decreto se hizo efectivo el año 538 de nuestra era, al ser arrancado de raíz el último de los tres reinos que se oponía al papado (los ostrogodos). Por consiguiente, el punto de partida para los 1.260 años de supremacía papal es el 538 de nuestra era (ver punto tercero, en la página 86).

Exactamente 1.260 años más tarde, el papado perdió su poder temporal (político). El 20 de febrero de 1897, Berthier, general del ejército francés bajo Napoleón, tomó al papa prisionero en Roma, poniendo un final efectivo al poder temporal del papado en

Europa. Después de ese tiempo no hubo persecución real a los santos en Europa. Quedaron en libertad para adorar a Dios.

Como la piedra partida, las únicas dos mitades que pueden encajar, lo hacen perfectamente. La profecía de Daniel y el testimonio de la historia concuerdan en identificar inequívocamente al poder representado por el “cuerno pequeño”.

Reconocemos que el desarrollo del papado en la historia ha sido el despliegue del principio de la satisfacción / exaltación del yo (ver siguiente capítulo), que es un principio presente en la naturaleza de todo corazón humano. Todos estamos necesitados de un Salvador del pecado, ¡y gracias a Dios lo tenemos! Pero, aunque seamos humildes al reconocer esos hechos de la historia, hemos de confesar al mismo tiempo que la verdad de las profecías de Daniel se ha cumplido en la historia.

Daniel 7:26-28: Pero se sentará el Juez y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin, y que el reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo sean dados al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios lo servirán y obedecerán.

A Daniel se le permite divisar el final del tiempo, cuando el cuerno pequeño —junto a la bestia que lo sustenta— sea destruido al llegar a su final el pecado y los pecadores. Justo antes del fin, la herida mortal que sufrió el papado —en 1897— será sanada (ver Apocalipsis 13:3 y 14), y por un corto período de tiempo los habitantes de la tierra se maravillarán en pos de él (Apocalipsis 13:3) recuperando su carácter perseguidor. No obstante, el tribunal de juicio del cielo ha dictado sentencia contra él, y aunque pueda prosperar por un breve tiempo, su final es inexorable.

La visión que tanto interesó a Daniel nos interesa todavía más a nosotros en estos últimos días. Si no la comprendemos, nos encontraremos sirviendo al cuerno pequeño sin darnos cuenta, y de ese modo estaremos militando entre quienes se oponen a Cristo. El dominio espiritual del “cuerno pequeño” le está siendo quitado, para ser destruido definitivamente al final. Es nuestro privilegio saber hoy y aquí que ese poder ha perdido ya su dominio espiritual sobre nosotros. No solamente en el mundo que nos rodea, sino especialmente en nuestros propios corazones vemos ese poder anulado cuando seguimos por la fe a Cristo en su ministerio como nuestro gran Sumo Sacerdote en el santuario celestial.

Cuán animador es para el pueblo de Dios saber que se le va a dar el reino que le fue preparado desde la fundación del mundo. Los verdaderos adoradores de Dios pueden recordar esa promesa en todas sus pruebas y aflicciones.

Sus seguidores eligen a Jesús, y lo verán coronado como su REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES debido a que aquí, en esta tierra, en sus vidas diarias, lo han elegido continuamente, lo han coronado ya como a su Señor (Apocalipsis 19:16). La devoción hacia él quitará de nuestros corazones todo vestigio de temor (1 Juan 4:18).